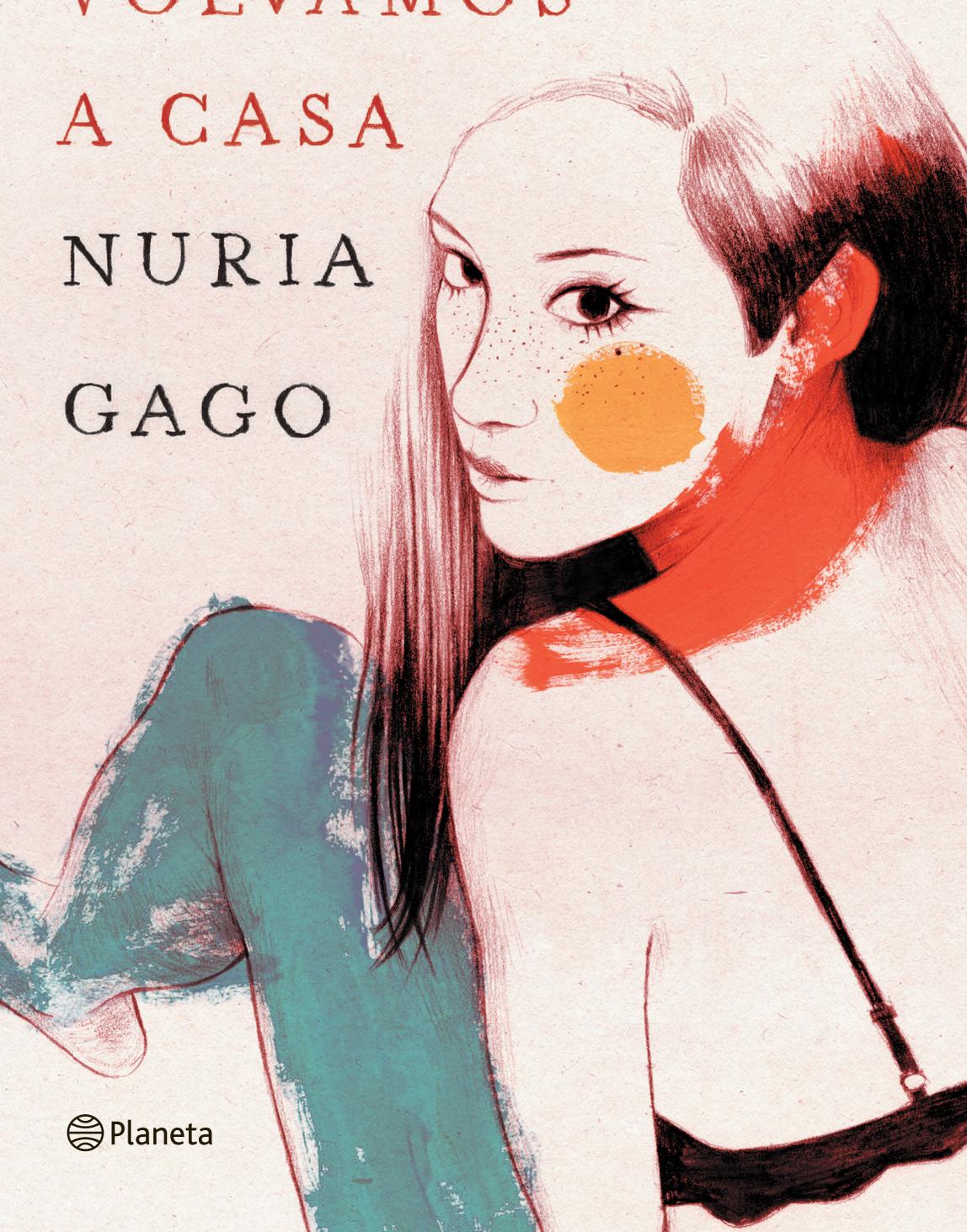


CUANDO  
VOLVAMOS  
A CASA

NURIA  
GAGO



Nuria Gago



Cuando volvamos a casa

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Nuria Gago Roca, 2015

Autora representada por Silvia Bastos, S. L. Agencia Literaria

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: abril de 2015

Depósito legal: B. 6.634-2015

ISBN: 978-84-08-14009-2

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión: Cayfosa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

## FAMILIARIDAD

—Perdona, cuando puedas, me pones uno solo y...

—... y un bollo de chocolate, como siempre, ¿no?

—Sí, sí, como siempre.

Álvaro sonrío, adora ese tipo de familiaridad, que alguien sepa qué prefiere para desayunar le conforta y le alegra. Los ojos de Oceanne le alegran y su boca grande también. Pero Álvaro no sabe el nombre ni de esos ojos ni de esa boca.

Desde que vino de Santiago a cubrir la plaza de profesor de Geografía, no recordaba que ningún camarero se hubiese acordado de su desayuno preferido.

La chica de pelo rojo hacía apenas tres meses que trabajaba en la cafetería, aunque él ya la había visto antes, en el mismo espacio, pero detrás de la barra, donde él se encontraba ahora.

Cree que Oceanne estudia Medicina, pero se equivoca. Es cierto que hubo una época en la que Paula hubiera querido ser doctora y salvar a todas las madres del mundo. Pero Oceanne estudió Periodismo y, como casi todo el mundo, no consigue trabajo de lo suyo, así que desde hace poco trabaja en la cafetería de la facultad, donde había pasado tantísimas horas, y dos veces por semana estudia alemán con Manu, su mejor amigo, por ampliar horizontes y por eso de no sentirse amebas.

—Que aproveche.

—Perdona, no tendrás el periódico por ahí, ¿verdad?

—Creo que lo tiene Manu... ¿Ves?, es ese chico de allí y lleva un buen rato mareándolo, ya se lo debe de haber leído. Quítaselo y dile que le invito al segundo cortado, verás como no protesta.

—Muy bien, pero si hay problemas, tú me defiendes.

—Lo prometo.

En el fondo, Paula prefiere que la cuiden a ella, pero Oceanne le dice a menudo: «Tonta, cuidar tampoco está tan mal. Ya sabes, un día por mí y otro por ti».

Álvaro regresa con su periódico y Manu sonríe desde su mesa reclamando lo pactado. Oceanne cumple su parte del trato y le lleva el cortado.

—En cinco minutos me largo, que siempre acabo llegando tarde.

—Espérame, anda, que justo ahora acaba mi turno y así vamos juntos.

—Bueno, pero me tendrás que recompensar...

—Claro, claro... Y acércame la taza a la barra, por favor.

—¡Joder!, qué sargento estás hoy...

En el mismo instante en que Oceanne se gira, Manu la azota en el culo, Paula se muere de la risa y Oceanne se hace la ofendida mostrando su dedo corazón derecho.

Álvaro los ha observado de reojo, la chica del pelo rojo vuelve a estar detrás de la barra y, sin saber muy bien por qué, Álvaro ya no puede prestarle atención a su periódico.

Oceanne cuchichea con Laura, la otra camarera, no entiende muy bien de lo que hablan, pero intuye que Manu forma parte de la conversación.

La chica sin nombre mira hacia el mostrador para ver si alguien está esperando a ser atendido, pero se cruza con los ojos de Álvaro, que, al sentirse descubierto, baja bruscamente la cabeza hacia el periódico: «Ciento cincuenta y siete muertos en las carreteras españolas en lo que llevamos de año».

—Pues vaya, estamos listos.

—Sí. Una pena, ¿verdad? —Laura se ha acercado hasta él.

—Bueno, me tengo que ir, aquí tienes.

—Quita, hoy invita la casa.

—¿Y eso? Qué generosas estáis hoy, ¿no?

—Una vez al año...

—Bueno, pues nada, que... gracias. ¡Ah!, y dile a tu compañera que gracias por conseguirme el periódico.

—De tu parte.

—¿Cómo se llama?

—Oceanne.

—¿Oceanne? ¿Es francesa?

—No, marciana...

—Ya, bueno, pues manda un telegrama a Marte de mi parte.

—Eso está hecho.

—Adiós, Oceanne.

—Adiós... Feliz viernes.

## PAULA YOCEANNE

Todo caos debería tener un orden interno al que poder recurrir cuando te encuentras totalmente perdido, o simplemente una razón de ser, un pequeño hecho que te recordara que tu vida es un puzle mezclado porque alguien, o algo, o tú mismo decidiste deshacer la parte que ya tenías montada, por aburrimiento, porque no te gusta la silueta que se adivina entre las ranuras de las piezas o porque te aterra terminarlo antes de tiempo.

Entre esos pensamientos navega Oceanne a las ocho y media de la mañana, ligeramente reconfortada por el olor a café recién servido y por el bullicio que la acompaña cada día en la cafetería en la que trabaja. Prepara dos *ristrettos* y los sirve con una sonrisa ancha, una sonrisa que se activa un poco por inercia, más por las ganas de sonreír que por su estado real.

Oceanne no es su nombre, pero un día lo oyó pronunciar en medio de una película francesa y deseó llamarse así, de la misma forma que de pequeña había deseado tener un novio africano y casarse con él y tener un niño «caféconleche». Pero lo del africano no dependía sólo de ella y, en cambio, lo del nuevo nombre sí, así que, para cualquier persona nueva que conocía, Paula se convertía en Oceanne. A alguna gente de su entorno no le dijo nada, se hubiera sentido bastante ridícula pidiendo que nunca más la llamaran por su nombre. Quizás no hubiera tenido ningún problema, pero en el fondo se sentía un poco culpable, sentía que traicionaba a los que un día decidieron retratarla con esa «palabra» y quizás los demás hubieran podido sacar conclusiones extrañas. Y la última cosa que le apetecía en este mundo era tener que dar explicaciones, no lo soportaba; llevaba demasiado tiempo justificándose, explicándose y disculpándose, y ya no pensaba volver

a hacerlo. Paula sentía una culpabilidad terrible cada vez que decía «no» a algo, pero, sobre todo, Paula tenía miedo, miedo a demasiadas cosas.

Si Paula quería hacer algo, Oceanne iba a hacerlo, porque Paula era bastante ridícula con sus sentimientos de culpabilidad y sus tristezas surgidas del todo y de la nada, y con sus súbitas alegrías. Pero de todo, lo que más le jode a Oceanne es que Paula viva para su entorno. Había llegado el momento de cambiar aquello, aunque la pequeña Paula gritara desde dentro y llorara y berreara...

Y cuando Paula berrea, no hay nada que hacer, sólo queda esperar a que se calme, a que se agote y se duerma.

## DE LAS LLANTINAS DE PAULA

Paula no sabía mucho sobre mentiras, tenía apenas doce años. En medio de un remolino de viajes durante meses a hospitales, de camas eléctricas en casa, de tubos en la nariz y en la boca de su madre, y en medio del miedo en los ojos de su padre, Paula descubrió que la muerte es mucho más cercana de lo que debería y que su rastro no es una sombra negra con una guadaña en la mano derecha. Su sombra es olor a hielo, a lejanía, y una mano muy pequeña (la suya) agarrada a una mano ya fría, intentando retener el espíritu que debería haber dentro de ese cuerpo tumado, que es tan de ella y que ya no es de nadie.

«Paula, mamá se ha ido», y al momento el llanto, ese llanto que golpea en la boca del estómago y que te hace crecer de pronto, porque te acerca tanto al horror que tu cerebro empieza a pensar como el de un adulto, y con doce años comienzas a cavilar en el futuro y en sus carencias, aunque deberías estar pensando en lo que te apetece merendar.

En el comedor hay un chico joven con un catálogo de ataúdes, Paula se mira en sus ojos y los del chico se humedecen; es un trabajo demasiado duro para alguien vulnerable, de eso es de lo que ella está más segura.

De pronto, millones de visitas, pero no hay interfono y Paula baja a abrir a todas las personas que llegan, y todas se quedan aterradas porque no hay nada que suene ni siquiera un poquito inteligente que se le pueda decir a una niña. «Pobrecita, te has quedado sola», esa es la frase que más se repite, y cada vez que Paula la escucha, rompe a llorar, y le encantaría gritarle al mundo, al cosmos, al universo... que *no está sola, que está perdida*.

Esa noche no duerme en casa, porque el velatorio es horroroso

so. Se va a dormir a casa de una vecina, una niña de su clase. Pasa corriendo por delante de la habitación donde hay un cuerpo igual que el de su madre, pero que huele a hielo; coge sus libros, su mochila, y se marcha.

Cierra la puerta, y entonces empieza a respirar.

Llegan a casa de Eva y se bañan juntas, y Gloria (la madre de Eva) les prepara la cena y miran una película de vídeo. Y mientras Paula vigila los movimientos de Gloria, decide que podría ser su madre, intenta mirarla con otros ojos y busca en aquella mujer un cobijo femenino que le enseñe a ponerse un «támpax» y que la acompañe a buscar un traje de novia precioso cuando el africano aparezca...

Gloria seguro que respira el sentimiento de posesión de la niña, pero todo es muy reciente, hace apenas cuatro horas que *ella* se ha ido. Esa noche, las niñas duermen juntas en la cama de matrimonio.

Antes de acostarse, Paula manda a la mierda a su ángel de la guarda, lo ha hecho demasiado mal, desde ese preciso instante le sustituye Lali, su madre.